

Walter Luis Katz

POEMAS DE AMOR,

HUMOR

Y

MUERTE



Walter Luis Katz
Poemas de Amor, Humor y muerte.
72 pág. 15x23
Primera Edición
Impreso en Lulu
Nueva York 2010
Es propiedad del autor
ISBN

Historia de pescadores

Pescadores van y vienen
por las aguas rumoreantes,
en las noches caribeñas
alumbradas por estrellas,
y la luna enflaquecida
por tantas fases cambiantes.

Navegan acariciados
por los vientos sibilantes
producidos por la proa
en su avance cortante.

Todo el día hubo recuas
que abordaron las redes
llenándolas con bondad,
para que el negro Remigio
pudiera volver a puerto,
y a la mañana vender
las ofrendas que el mar
muy bondadoso le dio.
(Pero antes de dormir,
bueno es un trago de ron).

Siéntate a santiguarte,
y digamos unos rezos
al Dios de los pescadores
pa que volvamos enteros,
dijo a su ahijado Zenón
que oficiaba de aprendiz.

Pero dígame padrino,
pa qué precisamos rezos

Walter Luis Katz

si siempre hemos llegado
con la destreza y el viento.

Mira chico, no se sabe
con qué nos vamo a topar,
si puede ser la luz mala
o un barco de piratas
que nos saquen lo ganado,
y nos manden a la playa
con la bamba hasta el suelo.
Y como dicen los viejos
y aunque nunca los ví,
lo mejor es prevenir.

Padrino, lo que yo creo
es que no creo en los cuentos
de piratas y ladrones.
Y sin querer ofender,
la luz mala, con reparos
y pa ustedé, mis respetos.
La vuelta está asegurada;
lo que flota siempre vuelve
haigan o no haigan piratas,
y tampoco luces malas.

Áspera piel canela
curtida por muchos soles
y por el agua salada,
manos encallecidas
por las sogas y las redes,
golpeadas esas espaldas
por las olas y tormentas,

Poemas de Amor, humor y muerte

y ese crónico cansancio
por el esfuerzo y el mar,
que entumecen los cuerpos.

Y ahorita mi ahijado,
la oración y a dormir;
ancla y timón atemos
y pa mañana lo invito
a un buen toque de santos,
adonde vamo a cantarle
al sonar de tumbadora
a los dioses africanos,
por la pesca que nos dieron
pa llenarnos las bodegas.

La luna se fue a dormir
escondida entre las brumas,
y la pequeña barca
quedó en la oscuridad.
De pronto una tenue luz
se les acercó sin ruido,
como si alguna luz mala
les hubiera aparecido.
Venga negro, que agachados
el cuerpo vamo a esquivarle.

De pronto llegó la luz,
derecho hacia sotavento,
sacudiendo a la barca
al darle un golpe seco.
Los peces en las bodegas
despertaron de su sueño

Walter Luis Katz

y nadaron en las aguas
que en ellas los conservaban,
y los dos hombres morenos
continuaron con los rezos.

Muy cerca del medio día
el agua trajo los cuerpos
de Remigio y de Zenón,
que habiendo salido a pescar
sólo sus almas volvieron
vestidas de soledad.
Envueltos en sus mortajas,
ambos vestidos de blanco,
toque de santos les dieron
y misa de cuerpo entero.

Después de varias semanas
cuando todo era olvido,
reparaban un barquito
en una pequeña isla,
y lo pintaban de nuevo.
Más adentro, en un claro
dos piratas descansaban
sobre los pastos verdes,
y uno de ellos contaba
historias de pescadores.

La nave misteriosa

Esta es la historia de Oleg
y sus valientes vikingos
en las playas y atalayas;

Poemas de Amor, humor y muerte

la guerra por vocación
y el robo por distracción.
Peleaban con sus vecinos
en los bosques y en los fiordos,
en rutas de Escandinavia,
y eran sus vidas secuencias
de corajes y hazañas.

Por esta primera vez
la misión era muy simple;
navegar entre las nieblas
para robar y matar,
alma viva no dejar, matar;
luego cargar el botín
para volver silenciosos,
de la hazaña satisfechos.
Lo robado era pretexto;
lo importante era robar.

Entre los fiordos y bosques,
hostigados por los trolls (1)
que de las cuevas salían
y con traviesas maldades
solían tenderles trampas,
la vida les complicaban,
les robaban las doncellas,
y en un segundo huían
sin darles la ocasión
de que les vieran sus caras.

Con lentitud y cautela
salieron por fin al mar,

Walter Luis Katz

bajo los rayos de un sol
que apenas les calentaba,
y los remeros remaban
al ritmo de las arengas
que invitaban a la lucha
y a bogar, mientras arqueros
celosamente guardaban.

Oleg consultó a las runas (2)
por la misión y sus hombres;
la travesía y las brumas
aumentaban su inquietud.
No era la profecía
para ese día muy buena;
había trabajo fácil
pero con final incierto,
sin otra explicación.
Oleg las runas guardó.

Y fue muy lento el regreso
sin botín pero ilesos,
regresando hacia la costa,
cuidados por los guerreros.
En tierra, sobre las rocas
los vigías anunciaban
la llegada de la nave
y en sus gritos decían:
la barca es toda silencio
como si no trajera vida.

En su muy lento llegar
la nave tocó la costa

Poemas de Amor, humor y muerte

y suavemente encalló,
incrustándose en las rocas.
Nadie subió a la barca,
nadie tocó los arcos
ni a los muertos tendidos
por los siglos de los siglos,
castigados por las lluvias,
por el tiempo y los vientos.

En los días de tormenta
maderas sueltas golpean,
tal vez como si quisieran
despertar a los durmientes.
Y muy adentro del bosque
un mago troll, día y noche
quiere devolverles vida
y anular el hechizo
que muchos siglos atrás
les provocó su maestro.

(1) Hombrecillos imaginarios que habitan los bosques escandinavos. Algunos los describen como enanos, otros como gigantes.

(2) Sistema adivinatorio de origen céltico, que utiliza piedrecillas con signos; se usa para consultar sobre el pasado y el futuro, entre otras cosas.

La luz mala

Esta historia de amor
tiene sabor a rancho,
a pastos y a caballos

Walter Luis Katz

que corretean los campos.
La pampa en su inmensidad
tiene sus cosas bellas,
pero a veces sorpresas
para la gente increíbles,
pero que muchos las sienten
como una cosa viviente.

El Amador y Justina
estaban junto a la puerta,
mirando el sol al ponerse;
los rayos enrojecidos
anunciaban la tormenta
que vendría a la mañana,
trayendo viento y arena,
y los dos recién casados
que se encontraban muy juntos,
muy juntos se abrazaban.

Él era alto y buen mozo,
buen jinete y bailador,
ella era suave y dulce
como las flores del campo;
él la abrazaba y decía
palabras del corazón,
justo en esa noche
en que anunciaban luz mala,
que atacaba a almas puras
y a los jinetes del campo.

Yo quiero decirle gaucho
que usted es buen sinvergüenza,

Poemas de Amor, humor y muerte

porque le gustan las faldas
y también la pava pelar. (1)

Ya me dijo mi mamá
que usted es trabajador,
pero también tiene el vicio
de gustarle las mujeres,
y por eso le pusieron
como nombre Amador.

Prienda, (2) es mismísimo cierto
que me gustan las polleras,
pero es cierto que yo
me enamoré de las suyas,
y que ha encontrado marido
hasta el final de la vida,
y tómelo por seguro
que el día que me he de "dir"
este que es su marido
se va a dir con usted junto.

Le digo que la luz mala
tiene días pa atacar;
cuasi de golpe aparece
y antes de darnos cuenta
zás, crestiano se güelva,
y ataca sin compasión.
De pronto se vio a lo lejos
un pequeño resplandor,
y a temblar comenzaron
abrazaditos los dos.

No le vua a dar ocasión

Walter Luis Katz

pa que pueda atacar;
ahora me voy pal cura
que con uno de sus rezos
la apague de un soplido.
Y subiéndose al caballo
media legua galopó,
pero volvió enseguida
con cara decepcionada,
porque al cura no encontró.

La iglesia está cerrada
y triste como tapera;
no se ve alma viviente
alrededor de los ranchos,
y a mí me ha parecido
que algo las ha corrido,
que puede ser la luz mala.
Vamo a estar priparados
pa podernos defender
con el facón en la mano.

La Justina comenzó
a prestar mucha atención,
percibiendo algo extraño.
Prieste oídos marido
que algo se aprosima;
es una luz muy potente
y música de tambores.
No tenga miedo que yo
la vuá estar defendiendo
con el arma y con el pecho.

Poemas de Amor, humor y muerte

Ya estoy yo resinado
y vamo a jugarla juntos.
Y abrazando a su amada
le dio una puñalada.
La Justina se dobló
y como junco en el viento
quedó en brazos de Amador.
Esperame que ya voy,
Diosito tu bendición.
Y el también se apuñaló.

Cinco minutos más tarde
llegaba la procesión
con el cura a la cabeza,
orgullosa de sus fieles
que avanzaban y cantaban;
también de los tamboreros
que tocaban sus redobles
saliéndose de la vaina,
mientras atrás los vecinos
con las antorchas llegaban.

- (1) Flirtear.
- (2) La mujer del gaucho.

Sentencia Salomónica

Ser obrero
es tener sobre la espalda
todo el peso del trabajo,
y el alma angustiada
de que algún día cercano

Walter Luis Katz

podrá ser despedido.
Aunque lleguen a sus manos
unos pesos resarcidos,
pronto ellos se irán
mientras procura trabajo.

¿Para qué quiere conchabo?
Veo que usted está viejo
y no sirve para eso;
vuelva a casa, descanse
y plante muchas verduras,
que de comer le darán.
¡Qué triste es ser proletario!
Peor es estar sin trabajo,
con muchas bocas hambrientas
en la casa esperando.

Casos como yo cuento
hubo en los tiempos actuales,
mas las leyes del trabajo
con justicia conquistadas,
fueron asimiladas
y adoptadas por obreros
que se unieron en ideas,
para ayudar mutuamente
en posición insistente,
a esos necesitados.

Resultó que en un lugar
fabricaban con amor
escobas y escobillones
ocupando poca gente,

Poemas de Amor, humor y muerte

que trabajaba contenta
y estimaba a su patrón,
hombre con sentimientos.

Mas la triste realidad
lo llevó a la situación
de no pagar los jornales,
y como último recurso
se vio obligado a cerrar.

De ese despido masivo
quedaron tan sólo dos;
un obrero y el sereno,
pero éste de qué sirvió
si a qué cuidar no había,
y el sereno como otros
también a casa se fue,
y el otro amenazado
fue sereno y capataz,
porque el lugar ocupó.

Conocedor de las leyes,
el obrero se encerró
como dueño del lugar,
para defender derechos
si hubiese que litigar.
Y el litigio comenzó;
mientras, el hombre esperaba
cuidando el alambrado.
Y como es de esperar,
tuvo final esa historia.

La solución de este cuento

Walter Luis Katz

fue muy justa pero triste.
Dicto que está despedido
el huelguista y demandante,
dijo el juez con seriedad;
 como es de suponer,
 amparado por la Ley
que protege los despidos,
y el demandado ya sabe
con esos palos qué hacer.

La planta carnívora

Un buen profesor suele ser
 pequeño y distraído,
 frágil y dependiente
de alguien que se preocupe
 ya sea de su trabajo,
de sus citas, sus comidas,
y que sus gustos conozca,
también sus debilidades.
 Esa es la cualidad
 para ser buen profesor.

El profesor Julio Almanza
 estaba especializado
 en ese tipo de plantas
 caníbales, venenosas,
 exóticas y extrañas,
y todo estaba en manos
de su hermosa secretaria,
que hacía todas las cosas
porque él no se arreglaba

Poemas de Amor, humor y muerte

ni en los viajes ni en la casa.

Ella era una persona
con todas las cualidades;
alta, linda y perfecta,
buenas formas, carácter,
suave y protectora,
posesiva y decidida
en todas sus relaciones;
lo hacia vivir en sus ojos,
incluso en su voluntad.
Era su amante esposa.

El viaje al Amazonas
para buscar nuevas plantas,
para aspirar los aromas
de las flores naturales
y encontrar el elixir
que en ellas se esconde,
a pesar de los mosquitos
que sin piedad los picaban,
fue una nueva experiencia
para el cuerpo y para el alma.

A la carpa somnolienta
sorprendió el amanecer,
con pájaros que trinaban,
la bruma sobre las aguas,
el rechinar de insectos
y vuelos de mariposas.
Para buscar nuevas plantas
y descubrir nueva flores,

Walter Luis Katz

salieron de madrugada
el profesor y su dama.

Ella encontró una flor
con forma de campanilla
cuyo perfume llegaba
a provocar los sentidos,
y el suavísimo contacto
en los pétalos rosados,
era como caricias
de un ángel escondido,
mas escondida traición
la tomó desprevenida.

Fue que al tocar la flor
ella recibió el pinchazo
de una espina encubierta,
que la hizo estremecer.

Sin duda la flor tenía
en su savia una sustancia
con un tóxico elemento,
porque la mano se inchó;
pidió ayuda y su marido
con protección la abrazó.

De pronto empezó a apretarlo,
arañarlo y morderlo,
con consiguiente sorpresa
de su amado profesor.
Bebió su caliente sangre
y en una metamorfosis
se transformó en el tronco

Poemas de Amor, humor y muerte

de un árbol tropical,
manos y piernas torcidas,
todas cubiertas de espinas.

Bajo la copa del árbol,
protegido por su sombra,
yacía un cadáver seco,
y en el edén tropical
solo pájaros se oían,
y el soplido del viento.

La tormenta

Comenzó a ocultarse el sol
y se llenaron los campos
con cantares de las aves
que en el final de la tardes
brindan una sinfonía,
que sólo privilegiados
tienen el placer de oír.
Y al galope de caballos
se oyen los gritos de hombres
que llaman para el descanso.

En el campo es costumbre
que todos miren al cielo
para pronosticar el tiempo
que tendrán al otro día.
Cielo rojo es tormenta
que trae caliente arena
en el desierto inclemente
al hombre y los sembrados
y a las aves y las bestias;

tormenta de destrucción.

A dentrar a los caballos,
en el corral encerrarlos
pa que amanezcan mañana
fresquitos para el trabajo,
dijo el jefe de la tropa
destinada en la avanzada,
que se alojaba en el rancho
que servía de cuartel,
cuatro paredes de barro,
mesa, rancho y fogón.

Esa casa lo era todo;
cocina, cuadra, habitación,
despensa de provisiones,
depósito para aperos;
utensilios y colchones
cambiaban de posición
según las horas del día
en la casa sin ventanas,
y la puerta en las noches
con una tranca cerraban.

Madera, paja y tierra,
era ésa la argamasa
de la pobre construcción,
adobes como cimientos,
lo mismo en las paredes,
y unas pocas maderas
todas cubiertas de barro,
el techo a un solo agua,

Poemas de Amor, humor y muerte

irregulares tirantes
y mucha paja apretada.

La casa de avanzada
era tibia en los inviernos
y fresquita en los veranos.
Al comenzar el descanso
se sentaron para un truco
muy recitado y cantado,
y unos tragos de aguardiente
entre jugada y jugada.
Ahora, atrancar la puerta
y a dormir en seguida.

Antes de la medianoche
llegó la tormenta con furia,
con mucha fuerza, golpeando
sin compasión, con violencia
a las frágiles paredes,
y mientras en los corrales
la asustada caballada
se apretaba en un grupo
para evitar el azote
de las arenas y el viento.

Dormían profundamente
por efecto del cansancio
de esa larga jornada
de galopes por las pampas,
y los tragos de aguardiente
en la partida de cartas.
De pronto, en un instante

Walter Luis Katz

comenzó a arder el rancho,
y el fuego lo cubrió todo
ayudado por el viento.

En unos pocos instantes
el humo los asfixió,
quedando en el cuartel
cenizas, ruinas y muerte.
Rumbo al sur, leguas más lejos,
antes de la madrugada,
protegido por las sombras
el malón estaba arreando
los caballos de la tropa,
camino a la toldería.

La perra feroz

Y conste que esto lo vi,
que esto no es ningún cuento.
Estaba la perra Panda
tirada junto a la puerta,
evitando que extraños
a sus dominios llegaran.
Sus fauces garantizaban
una perfecta guardia,
como lo demostró una vez
cuando un perro pasó
por una calle cercana.
La enorme perra blanca
se paró con elegancia
y estiró su largo cuello;
sólo esa pose ahuyentó

Poemas de Amor, humor y muerte

a su asustado colega.
Al cabo de unos minutos
escuché unos gruñidos
lanzados con pocas ganas;
al mirar vi un gato negro
y blanco que se acercó
con mostrado atrevimiento.

Seguramente quería
algo para comer, o solo
un poco de compañía.
Se abrió la puerta y el amo
habló con suaves palabras
e hizo gestos pidiendo
a la perra que expulsara
a ese pequeño intruso.

Panda conocía efectos
de un rasguño en el hocico,
de quijotada producto
contra otro gato, que dejó
pasar esa vez sin quejas,
para que no descubrieran
su agraviado orgullo.

Miró al gato, a su amo,
hacia todos los costados,
y sin encontrar salida
para mostrar valentía,
otra vez miró a los lados,
y el estímulo encontró
que precisaba su ego.

Irguiéndose otra vez
con decisión asombrosa
y elegancia guerrera,

Walter Luis Katz

la perra salió corriendo
a una bella mariposa.

Noche de fieras

Terminada la comida,
de la fangosa terminal
salieron Sahib y su gente
a buscar plantas y flores.
Hasta avanzada la tarde
buscaron y colectaron
y la carpa desplegaron
entregándose al descanso.

El plan era continuar
buscando al amanecer;
la fogata quedó afuera
y cuando era silencio,
a hacerse oír comenzaron
los sonidos de la jungla;
pequeños animalitos
daban gritos y corrían.

Las peleas por las presas
sin cesar se repetían,
y en el árbol la lechuza
cantaba malos presagios.
Después de la medianoche
empezaron los rugidos;
seguro olieron las fieras
de huéspedes la presencia.

Poemas de Amor, humor y muerte

Y entre rugidos empezó
la disputa entre leones,
que con fuerza disputaban
por el terreno y la caza,
de las fauces buenas presas,
buena ración para el hambre.
Con las armas preparadas
esperaron lo imprevisto.

Prolongaron la vigilia
y en la precaución y el miedo,
se pusieron a rezar
mientras la riña entre fieras
ferocidad fue tomando,
convirtiéndose en batalla
para asegurar posesión.
Luego hubo silencio.

El monótono, agorero
canto de la lechuza
siguió hasta el amanecer,
y cuando llegaron los guardias
la carpa encontraron
silenciosa y maltratada,
rota por los zarpazos
y también algún disparo.

Los tres hombres dormían
abrazados a las armas;
luego de despertarlos
caminaron y encontraron
sobre un charco de sangre

Walter Luis Katz

muertos a dos leones,
ambos reyes de la selva
en la vida y la muerte.

Entre ambos animales,
como último homenaje
se erguía un pequeño árbol,
y una hermosa orquídea
a él estaba abrazada.

La caravana

Volviendo de un paseo,
bajando entre montañas
de la alta Galilea,
avanzaron lentamente
en un camino de tierra,
entre montes de naranjos.
En un claro bien cuidado
se encontraba un monumento.

Leyendo con emoción
lo escrito en una placa,
los visitantes supieron
del lamentado suceso,
que era parte de la historia
que escribieron héroes
con sudores y con sangre
para liberar a su tierra.

En las ruinas de un fuerte
que cruzados construyeron,

Poemas de Amor, humor y muerte

se refugiaron colonos,
hombres, mujeres y niños.
Sitiados, sin alimentos,
al pretender liberarlos,
por una causa imprevista
fracasó la tentativa.

Para intentar el rescate
salió una caravana
y avanzó entre frutales,
cuando en ese momento
sufrieron una emboscada,
y el fuego del enemigo
a fuego y plomo cobró
cuarenta y siete vidas.

Esa fue la triste historia
que oyeron los visitantes,
y angustiados lloraron
hasta el final de las lágrimas.

El sepelio

La historia es de Norberto
y sólo suya.
Le ocurrió lo acontecido
sólo a él,
y no pretendo crear
toda confusión.
Relacionarlo con otro
con su nombre o apellido,
o parecido de cara

sería pura coincidencia.
Norberto era un joven
alto, simpático,
buen mozo y bailarín
que hacía suspirar
a una fila de muchachas.
Su preparación elevada
y seriedad le valieron
para llegar al alto rango
de la empresa inmobiliaria
de la cual era gerente
y encargado de los fondos.
Su eficiencia comercial,
también administrativa,
hizo adelantar a la firma
en unos contados años
llevándola a ser potencia
y la mayor en el ramo.
Era deportista y sano,
y nadie entendió
por qué sufrió un ataque
que la vida le quitó.
Hallaron junto a su cuerpo
garabateada carta, pidiendo
misa de cuerpo presente
con el féretro abierto
y ser sepultado con lujos
que su posición permitía.
El sepelio fue de acuerdo
con su último pedido,
ante la fuerte congoja
de toda la ciudad.

Poemas de Amor, humor y muerte

Al hombro, sus amigos
el féretro cargaron,
todo madera de roble
y herrajes muy lujosos.
Transcurridos varios meses
no encontraban sustituto
para el genio.
Cuando el nuevo gerente
pudo aprender el estilo
de su antecesor,
comenzó a descubrir cosas
no muy claras,
por lo tanto decidieron
contratar a auditores
para estudiar la situación
financiera y patrimonial.
Al cabo de unos meses
recibieron el informe
la empresa en bancarrota,
sin depósitos ni bienes;
la administración sin duda
no fue tan eficiente.
Norberto había ocultado
hasta el final la verdad,
con tremendas consecuencias
que provocaron tal vez
su inesperada muerte.
A quien reclamar no había
tampoco a quien acusar,
por tanto la empresa cerró
declarándose en quiebra.
Norberto quedó muy solo

Walter Luis Katz

en el triste camposanto,
condenado al olvido.
La empresa de pompas fúnebres
se encontró con problemas;
buscan grandes candelabros
hechos de bronce macizo
y cortinas que se esfumaron
justo el día del entierro.
En una diminuta isla
escondida en el Caribe
todos hablan del joven
millonario, derrochón,
que se divierte en las noches
en cabarets lujosos,
convida a todo el mundo,
baila salsa y se acompaña
al sonar de las maracas.

El convoy

El astro ya se anuncia,
las últimas sombras se borran,
el rocío concentrado
en gotas sobre las hojas
se levanta en tenue niebla,
y los primeros rayos
acarician tibiamente.
Los cambistas ya llegaron,
todos vestidos de azul,
gorras y mamelucos.
Saludan en forma extraña,
en un singular lenguaje

Poemas de Amor, humor y muerte

- hola Peche ¿Cómo andás?

- Yo muy bien, Campeche ¿y vos?

Ya llegó un largo tren.

- ¿Vamos?

Ya el gigante de hierro
está ubicado en un desvío;
maquinista y ayudante
toman el del estribo (1)
antes de la tarea.

Se saludan desde lejos
en un agitar de manos,
personas sin voz ni rostro.

Todo está sincronizado;
los hombres de azul liberan
vagones hacia desvíos,
toman otros de otras vías.

El diálogo entre hombre
y máquina se prolonga
por casi una larga hora.

Avances y retrocesos,
calculados movimientos
exactos en la distancia,
también en velocidad,
espectáculo circense,
surrealismo y realidad.

El juego en que el coraje
y el peligro se han tomado
de la mano, termina.

El convoy ya tiene forma
y seguridad para el viaje.
No se pronuncian palabras;
se entienden sólo por señas.

Walter Luis Katz

Se despiden, viejos amigos
que nunca estuvieron juntos
ni compartieron mesa,
ellos sólo fueron parte
de la magia del trabajo.
Y nuevamente las manos
se separan en abrazo
desde lejos.
La larga fila ya viaja
sobre los ruidosos rieles
marcando un extraño ritmo.
El sol con sus tibios rayos
bendice a los maquinistas
y a los que agitan los brazos
lejos, entre las vías.

(1) El último mate

El bailarín

Un día gris,
bajo una tenue llovizna,
caminé por la avenida
metido en mis pensamientos,
cuando una caravana
de autos me alcanzó.
Iba a la cabeza
el apuesto coche fúnebre;
con las ventanas cerradas
con volumen moderado,
el tango "Responso"
desde un coche se escuchaba.

Poemas de Amor, humor y muerte

Pregunté a un vecino
¿a quién entierran?
y tristemente dijo
"perdimos al bailarín".
No dudé y comencé
a caminar con rapidez
y llegar al cementerio
con el acompañamiento.
Mientras tanto recordé
la historia del difunto.
Un día frente a la plaza
vi un grupo de muchachos
junto a un niño pequeño
que estaba bailando un tango
con cortes y quebradas,
al tiempo que lo silbaba.
Luego le daban monedas,
y el chico agradecido
les brindaba otro más.
Desde ese mismo día
el chico fue popular.
Con el correr de los años
dejó el bailarín de bailar,
se dedicó a otras cosas,
pero el apodo quedó
para siempre "Bailarín".
Yo caminaba triste,
junto a la fila de autos,
pensando en el muchacho
que temprano se había ido.
Al llegar a los suntuosos
portones del cementerio

algo extraño sucedió
y creo que al parecer
sólo yo lo había visto;
sonriente y bailando
al compás de un lindo tango,
así como en su niñez,
frotándose sus zapatos
en el viejo pantalón,
el bailarín disfrutaba
viendo mi cara asombrada.
- Su alma se resiste
al cuerpo abandonar
- pensé – y quedará aquí
hasta que esté convencida
de la situación actual.
Mientras tanto me sentía
mojado por la garúa.
De pronto, escuché a unos niños
conversando y riendo.
Me dolía la cabeza;
me di vuelta bruscamente,
y a causa del movimiento
desperté sobresaltado
en la calurosa siesta
de ese día de verano.
Respiré profundamente,
y cuando me sentí aliviado
pronuncié una plegaria:
"Bailarín, bailarín,
que vivas muchos años,
que continúes bailando
con cortes y quebradas

Poemas de Amor, humor y muerte

siempre que haya un tango".

La pajarera

Muy cerquita de mi casa,
junto a un viejo edificio,
en un amplio espacio
y en él algunas plantas
había una pajarera
en su interior coloreada
por aves regionales,
que con trinos y gorjeos
la vecindad alegraban.

En el patio interior
se encontraban animales;
una cabra comía hierbas
y emitía balidos
y un perro indolente
se recostaba al sol,
descansando de su noche
de ladridos a la luna.

Apoyado en la pared
había un gallinero;
en una parte escarbaban
unas curiosas gallinas,
y en la otra, separadas
por un pequeño cerco
jugueteaban unas nutrias,
revolcándose en el agua
de una pequeña charca.

Yo solía visitar
a la dueña de la casa

como invitado especial.
Luego de agasajarme
con alguna golosina
me acompañaba al patio.
El perro interrumpía
su larga siesta y venía
conmigo a retozar,
y cuando se cansaba
se iba a un rincón
del patio a desenterrar
algún hueso escondido
para roerlo con calma.
Yo iba hacia el alambrado
y observaba las nutrias
de dientes afilados
y amenazantes miradas;
un poco asustado,
regresaba a la jaula
y observaba los pájaros
en un diario ritual.
Visité una mañana
a la señora, y al llegar
vi la jaula vacía.
No pregunté y ella
no hizo comentarios;
más tarde me enteré
que se decía que yo
había abierto la jaula.
Al mudarnos a otro barrio
aprendí a conocer
nuevos lugares del pueblo
y a adquirir nuevos amigos.

Poemas de Amor, humor y muerte

En las continuas mudanzas
me alejé de ese barrio;
una vez fui a visitar,
la pajarera no estaba,
tampoco los animales
con que solía jugar.
Ese hermoso patio
se convirtió en un erial.
Sentí entonces mucha pena
por el jardín añorado,
que ya estaba enquistado
en un lugar en el fondo
de alguno de mis recuerdos.
Entonces sentí que algo
escondido en un lugar
de mi infancia había muerto.

La poderosa

Un día mi viejo dijo:
vamos a ir con la corriente,
vamos a motorizarnos;
creí que compraría
una máquina de afeitar
pero no; apareció
con una camioneta
más vieja que la injusticia,
si la injusticia se inventó
allá por los años veinte.
Era un injerto feliz
de inverosímiles partes;
tenía el motor Chevrolet

y cabina de Ford A,
le servía de respaldo
el cabezal de una cama,;
tampoco la pintura
estaba en condiciones;
rezongamos un poco,
pues creíamos que no
serviría para nada.
Me ofrecí para probarla;
la puse en marcha y viajé
sobre un viejo camino
que no estaba asfaltado.
Llegando a unas barriadas
comenzó a renquear conmigo,
una rueda se salió,
y el vehículo quedó
al costado del camino.
Transcurrido un minuto
llegó un coche lujoso
que paró para auxiliarme.
La llanta fue reparada
mas siguió nuestro penar.
Bauticé a la camioneta
con un insulto ofensivo,
pero mi hermano menor
con amor y compasión
la llamó “La Poderosa”.
La Poderosa tenía
poderes, y uno de ellos
era saber dominarnos;
hacía lo que quería,
por ejemplo no viajar

Poemas de Amor, humor y muerte

si estábamos apurados
y otra serie de trampas.
Pero pronto descubrimos
que tenía sus virtudes,
como cargar triple peso,
sabía también dar la vuelta
en la esquina en dos ruedas,
y arrancar en las heladas
cuando nadie lo lograba;
yo pienso sólo faltaba
que viajara sin cargar
un poco de combustible.
En verano mis amigos
y yo íbamos al río,
volvíamos sin problemas,
pero en los casos urgentes
siempre nos hacía una.
En los días de calor
por no arrancar se obstinaba,
y se nos destrozaban
los brazos dando manija.
Toda la familia aprendió
a conducir sobre ella,
y también a repararla.
Un día cansada paró
y no quiso viajar más;
entonces papá la vendió
por precio que era un regalo,
compró un coche más moderno,
pero ya no fue lo mismo;
ya no estaban mis amigos
con sus excéntricas gorras,

Walter Luis Katz

que exponían en paseos
sobre ella en el centro.
De otra época el comienzo,
marcó deshacerse de ella;
vi que estaba cambiando,
como también mis amigos.

Tener un cascajo es
como criar un fiel perro;
queda fijo en los recuerdos.
¿Donde estás hoy Poderosa?
Hoy tal vez tus partes son
injertos de otros coches
y te has reencarnado en ellos.
Si es así estoy seguro,
quizás nos reencontraremos.

Desquite

Francisco era un hombre joven
apuesto y simpático,
siempre dispuesto a las fiestas
siempre dispuesto a los chistes.
Fama de conquistador tenía
y lo contaba con gracia
en forma muy vehemente
pero pocos le creían.
Tenía otras condiciones
que el tiempo comprobó,
y eso, en poco tiempo.
Compañero de paseos,
una tarde acompañado
llegó con su hermosa esposa

Poemas de Amor, humor y muerte

muy sociable y donosa
a visitar a Armando.
Motivo de la visita
proponerle un negocio
que traería ganancias;
cincuenta mil cada uno
que podían triplicar
en sólo una semana,
comprando propiedades
a precio de regalo
y venderlas al valor normal.
La tentación era grande,
y la ocasión no desechar.
Al día siguiente Armando
dio el dinero en efectivo.
Cuando estuvieron solos,
Marina le regañó
por la confianza excesiva
que dispensaba a su amigo.
Negocios son negocios
y dinero es dinero.
Armando no desconfiaba,
seguro de que Francisco
haría todo honestamente.
Varias semanas después
su socio pedía disculpas
por el fracaso tremendo
que les esfumó los pesos.
Reintegrarlos prometió,
aunque no sabía cuándo.
El tiempo pasó y el dinero
prometido no volvió.

Yo no le fue posible
recuperar lo perdido,
y Armando quiso vengarse;
su intención fue conquistar
a la muchacha donosa,
castigando al tramposo
y también reivindicando
a maridos engañados.
Ella el cortejo aceptó
y al cabo de poco tiempo
le propuso que por él
dejara a su marido.
Castigaría a Francisco;
cuchillo de doble filo
iba a ser su traición.

Fue concertado el encuentro
para el martes a la tarde,
encuentro de enamorados.

El lunes al mediodía
no encontró a su esposa;
desde entonces se encerró
y la espera vanamente
con mirada extraviada.

Tiene un papel en la mano
que ella le escribió
y dejó sobre la almohada
"Me voy con Francisco
no esperes,
porque ya no volveré".
En verdad fue la traición
cuchillo con doble filo.

Pan Lulo

Aún no sabía hablar
y ya pedía limosnas;
para recibir un pedazo
de pan duro
le enseñaron dos palabras;
con timidez pronunciaba
"pan lulo",
y así lo llamaron
durante muchos años.
Todo el día daba vueltas
descalzo y harapiento
soportando frío y lluvia,
sin llevar ninguna ayuda,
pues comía los mendrugos
tratando de calmar
su permanente hambre.
Entonces era feliz
por haber recibido
un presente y sonrisas.
Siempre caminaba solo;
si tenía hermanos,
tal vez eran muy pequeños.
A veces solía sentarse
apoyado en la pared
con la bolsita vacía
que dejaba a su lado
en la vereda soleada,
mientras soñaba despierto
con una vida mejor.

Walter Luis Katz

Cuando empezó a crecer
comenzó a ofrecerse
para algunos trabajitos
apropiados a su edad,
logrando llevar a su hogar
unas pocas moneditas;
así de esa manera
comenzó a superarse
y salir de la miseria
espantosa en que vivía.
Siendo mozo lo veía
sobre un camión trabajando
como peón de carga,
también a veces paseando
con sus ropas domingueras,
alto, erguido, elegante,
con sonrisa interior
agradeciendo lo mucho
que recibió de la vida.
Trabajando se mantuvo
en la honradez, venciendo
a la desigualdad
y también a la miseria.
Pan Lulo es un ejemplo
de entereza moral
de indigentes, carentes
de un pedazo de pan,
de educación, y de un lugar
dentro de la sociedad.
Con trabajo y optimismo
pan Lulo superó
a la estrechez y al hambre

Poemas de Amor, humor y muerte

y al desplazamiento social.
Transcurrieron muchos años
y el cuadro se repite;
endémica es la pobreza,
de difícil desarraigo.
Sólo queda la pregunta
¿Hasta cuando?

Tierra quemada

La calle estaba sin gente,
sucia y cubierta de barro,
salidas de hervideros
llenos de aguas calientes.

Ese barro salpicaba
a los carros y animales
y a los pocos caminantes
que obligados cruzaban.

Andaba alguna carreta
empujada por su dueño
o un animal asustado
a quien las aguas quemaban.

Perenne y tenue neblina
constante olor a azufre,
eran las condiciones
de la gente de esa aldea.

Caminando en las colinas
entre árboles de olivos,

Walter Luis Katz

seguidas de un pastorcillo
pastaban algunas cabras.

Las mujeres tejían redes
destinadas a la pesca
o elaboraban las lanas
obtenidas de la esquila.

Se vivía de la pesca
o de algunas monedas
que daba algún turista
pagando baños termales.

Esa mañana de invierno
los truenos amenazantes
y las nubes agoreras
presagiaban algún mal.

Poco después del inicio
todos los pescadores
traían a un hombre
que de un bote había caído.

En una red se enganchó;
tan rápido el movimiento,
que los demás pescadores
no pudieron ayudarlo.

Se difundió la noticia
y en sólo pocos minutos
todas vestidas de negro
las mujeres ya estaban.

Poemas de Amor, humor y muerte

En un duelo colectivo
corrieron hacia la casa
para poder preparar
el velorio del difunto.

Spiro, joven isleño
vivía de la chatarra,
muy temprano de su casa.
salía con su carrito.

Al volver siempre traía
y amontonaba en el patio
lo poco recolectado,
que por muy poco vendía.

Cuando llegaba la pila
a considerable altura,
que el material se llevara
pedía al contratista.

Un camión éste enviaba
a juntar lo colectado,
pero siempre era su pago
unas pobrísimas dracmas.

La familia era pequeña
y vivía humildemente.
Elah y el pequeño Ilis
eran toda su vida.

Walter Luis Katz

El sueño de la pareja
era ir a otro lugar
con condiciones mejores
más rentables y humanas.

Estando esa mañana
haciendo atados de hierros
como lo hacía a diario,
comenzó a temblar la tierra,

Tomó refugio la gente;
a él lo sorprendió el temblor,
perdió equilibrio cayendo
sobre la tierra hirviente.

Sufrió algunas quemaduras;
llevado desvanecido,
al volver de su desmayo
vio la cara de Elah.

Fue por ella recibido
con sonrisas y caricias;
con mirada sorprendida
se vio muy blanco y limpio.

Parecía un buen augurio;
con fulgor de una esperanza
llegando el cambio estaba
que el incidente provocó.

Esta vez quizás sus sueños
se harían realidad

Poemas de Amor, humor y muerte

en algún mejor lugar
trayendo un buen comienzo.

Hacia la calle salieron
tomándose de la mano,
lentamente caminaron
sin pisar los hervideros.

Zapatillas

Es agradable observar
la calle desde una ventana,
sentados frente a la estufa,
vestidos con mucho abrigo
y bien calzados también.

Así estaban ese día
de invierno mi madre
y mi pequeño hermano;
la radio tocaba música
y daba fondo musical
al diálogo que mantenían.

Al parecer, en un tácito
acuerdo, ese día
los vecinos decidieron
quedarse en sus casas,
dejando vacío al pueblo
sin personas, en las horas
dedicadas a la siesta.
En la calle mucho barro
por la helada endurecido,
se veía como un cristal

de diferentes colores.
Mirando a través del vidrio
vieron a un niño descalzo
que vestía escasas ropas,
caminando por la escarcha.
Mi madre salió a llamarlo,
pero él ya había pasado
a la calle lateral.

Ella envió a mi hermano
para que fuera a llamarlo;
quien volvió con el chiquillo,
que se acercó a la estufa
para calentar su cuerpo.

Todo en él era temblor,
y los dientes no cesaban
un fuerte castañeteo.
Cuando se tranquilizó,
mi mamá le ofreció
que midiera zapatillas.
Elegió un par adecuado,
lo calzó, dio las gracias,
y contento con su calzado
sonrió y salió corriendo.

El niño agradecido
nunca olvidó ese gesto.
Transcurridos muchos años,
en las tardes los dos jóvenes
a veces se encontraban;
uno con gesto tímido
saludaba con un brazo

Poemas de Amor, humor y muerte

diciendo un suave "chau"...

Noche de amor

A pesar de los años
lo recuerdo
como si hubiera sido ayer,
y aún me siento culpable
de mi error.

Mi visita a la isla
se transformó en romance;
ella dieciocho, yo veintidós.

Era dulce y tímida y yo,
yo era bobo y fanfarrón.
Sobre sus caderas caían
los vestiditos livianos
como aguas de cascada;
sus pechos suspirantes
reventaban la blusa
ceñida.

Por mi mente circulaban
voluptuosos pensamientos;
con fervor pedía en ellos
que las cosas ocurrieran,
y por eso, sucedió.

De tanto hablar de amor,
de respirar las flores
y el polen comprendimos
que debíamos hacerlo,
y de la vida el milagro
descubrir.

Un día de primavera

Walter Luis Katz

quedó sola en la casa;
en ese instante estuvimos
libres para el amor.
Me bañé, me perfumé,
vestí mis mejores ropas,
caminé desde el hotel
hacia el encuentro de amor.
Golpeé a la puerta, escuché
- está abierto - entré y cerré.
Desde adentro me llamaba;
me acerqué, la vi acostada,
con camisón transparente.
Me acerqué, la miré,
vi sus ojos implorantes;
tomé sus manos calientes,
sobre su frente mis labios
la fiebre descubrieron.
Nuevamente la toqué
y de su cuerpo el temblor
me conmovió;
junto a ella me acosté,
la arropé y abracé,
ella se apretó a mí
- tengo miedo; yo nunca...
Tienes que ser bondadoso.
- Sh - exclamé
poniendo un dedo en sus labios
- no necesitas decirlo -
en la boca la besé.
Así, abrazados dormimos.
Desperté, no tenía fiebre,
la observé;

Poemas de Amor, humor y muerte

era un ángel dormido.
Me paré sin hacer ruido,
me vestí y pronto salí.
Atrás quedó el silencio.
Después subí a la lancha
que de la isla me sacó.
Nunca, jamás volví.

El niño que no sabía sonreír

Era una familia simple;
empleaban en sus diálogos
las palabras más sencillas,
dichos y chistes.
Todo comenzaba bien
desde el momento
en que despertaban;
el padre iba al trabajo
montado en su bicicleta,
la madre vestía al hijo,
le hablaba y atendía,
y compartiendo juegos
acompañaba al niño.
Al volver al mediodía
el marido encontraba
la mesa con la comida
caliente, ya servida.
En el almuerzo contaban
lo que vivió cada uno;
la madre relataba
los progresos del niño,
o alguna conversación

que tuvo con una amiga;
el padre acontecimientos
que escuchó de compañeros,
y el pequeño experiencias
con sus juguetes vividas.
No había armonía mejor,
más algo los preocupaba
algo no coincidía
con el verdadero idilio.
El hijito era feliz,
disfrutaba sus vivencias,
pero no sonreía.
Cada vez que consultaban
Recibían las respuestas
como "ya le va a pasar" o
"cuando descargue emociones
demostrará su alegría".
Los padres aparentaban
estar de acuerdo con eso,
pero en la intimidad
trataban de encontrar
ellos mismos solución.
Corrieron meses y años,
no cambió la situación,
hasta que un día, al volver
la madre de hacer sus compras,
en una envoltura vio algo
que le llamó la atención;
eso era un fragmento
que escribió el Mahatma Gandhi.
Había poco del papel,
aunque se pudo ver parte

Poemas de Amor, humor y muerte

de un párrafo; para ella
mucho significaba.
Se concentró en lo escrito
y descubrió maravillas;
las transcribió en una hoja.
"Una sonrisa no cuesta
nada y vale mucho.
Dura sólo un instante
mas sus efectos perduran
por toda la vida...
Si algún día te cruzas
con alguien que no quiere,
o no puede sonreír,
regálale tu sonrisa,
pues no hay nadie que precise
más de ella
que aquél que no puede darla".
Ese día, comenzó
a sonreír a su hijo
cada vez que él la miraba,
sacando de su interior
todo el amor y alegría
que ella poseía.
En su más íntimo lugar
el niño entendió
que sin pedir recibió
las más bellas sonrisas
por parte de su madre.
Así aprendió a sonreír,
y le retribuyó
lo mejor que da la vida:
la sonrisa.

La muchachita de la peña

En un día de invierno
del año dos mil siete,
igual que cien años antes,
nevó en Buenos Aires.
El sol, los coches, la lluvia
la nieve derritieron,
y el agua se deslizaba
al lado de las veredas.
La calle recién lavada
lucía su brillantez,
y el débil sol de la siesta
producía en el asfalto
y el vapor, efectos
de brillo y color.
La gente salió afuera
y caminó por las calles.
Jovencitas que paseaban
conversaban en voz alta,
contemplando las vidrieras.
En una esquina se hallaba
un anciano señor
vestido con elegancia;
en una mano tenía
el bastón para apoyarse,
y la otra en el bolsillo
del sobretodo elegante.
Observaba a una dama
distráida en la vidriera
de una zapatería.
Pasados unos instantes

Poemas de Amor, humor y muerte

la señora se dio vuelta,
con naturalidad lo observó
y volvió a su posición,
continuando en su interés
por los zapatos expuestos.
El hombre se acercó - perdón –
dijo con respeto - no quiero
incomodarla, y menos
ser un impertinente.
Usted me hace recordar
a alguien que conocí
hace muchísimos años
¿puede concederme usted
algún minuto y le cuento? -
la dama asintió
moviendo la cabeza.
Él le indicó la puerta
de una confitería
y la invitó a entrar.
Encargó té para los dos.
Pensó durante un instante,
aún sosteniendo el cayado
y con voz emocionada
comenzó a relatar.
- Yo era entonces muy joven,
curioso por conocer
los misterios de la ciudad.
Tenía sólo ambiciones,
trabajaba y estudiaba
y despierto soñaba.
Un domingo a la mañana
leyendo una revista

sentado en un paseo,
vi a una joven buscando
un lugar para sentarse;
no había banco vacío
y con timidez le ofrecí
que se sentara conmigo;
sin mirarme se sentó,
pero no le era agradable
pues miraba sin cesar
dentro de su bolso, luego
cambiaba de posición,
y volvía a mirar.

Era un hermoso día
pero la naturaleza
jugó una mala pasada;
cayendo en ese instante
un fuerte chaparrón.

Mi paraguas le ofrecí;
ella intentó abrirlo,
no alcanzó a hacerlo
y la lluvia se interrumpió.

Ese pequeño incidente
rompió el hielo entre nosotros.

Agradeció con timidez
- no hace falta. En unos pocos minutos
mi padre vendrá a buscarme.

- ¿Podré verla otra vez?
- Vengo todos los domingos;
mi encuentro es de dos horas.

Una semana después
estuve a la misma hora
sentado en ese lugar.

Poemas de Amor, humor y muerte

Ella llegó sonriente,
me contó de esas reuniones;
escuchaban conferencias
sobre diversos temas,
se hablaba de teatro,
arte y literatura.
Me invitó a que concurriera;
durante varios meses
la encontré en la placita;
la acompañaba a la peña
y luego me separaba
hasta la otra semana.
Primero fue amistad,
luego me enamoré.
Yo era un muchacho simple
y tonto que no sabía
manejar las situaciones
y un día,
después de una discusión
los dos dejamos de vernos.
Volví al lugar, pero ella
dejó de concurrir, nunca
desde entonces la vi.
Escuchaba la señora
con mirada lejana;
sus pensamientos estaban
sumergidos en el tiempo.
De pronto miró al suelo;
parecía que enfrentaba
un conflicto personal.
Tal vez comparaba algunos
sucesos de su vida

con los que estaba oyendo.

- Regresé a mi provincia,
y continué con mi vida.

Hace mucho quedé solo,
solo con mis recuerdos.

Siempre pienso en ella,
como una dulce presencia.

La imagen que conservo
es como la veo a usted.

Mucho no he cambiado
y en caso de... Usted
me reconocería.

La anciana se paró,
se cubrió con su tapado
y dijo con suavidad
antes de despedirse

- créame que lo entiendo;
he tenido larga vida,
también he quedado sola.

Mucho hubiera querido
en su pena ayudarle.

Y sin mirarlo salió,
caminó con rapidez
y detuvo a un taxi.

El hombre salió después,
caminó con lentitud
en dirección contraria.

Sintió que lo sujetaban,
se dio vuelta y ella,
llorando lo abrazó

- mi amor, no has cambiado -
dijo con voz quebrada.

Poemas de Amor, humor y muerte

El conductor del taxi
los observó asombrado,
pues no entendió el juego.
Levantó la banderita
y salió a buscar pasajeros.

Diálogo con mi hermano

Escúchame bien hermano:
estuve aquí muchas veces
mas no hubo ocasión
de conversar seriamente,
para abrir el corazón
y para poner en claro
algo que me preocupa;
en esa única forma
explicaré la relación
existente entre los dos.

Tengo que confesarte,
gran tirantez me inhibe;
el fondo es tan profundo
que expresarlo debo;
tú lo entenderás
y yo podré liberarme.
En nuestra relación
intuyo cierto rencor,
que data de la niñez
y aparece en mis sueños.

Recuerdo que siendo niños
yo siempre te acuciaba

Walter Luis Katz

ofendiéndote, y a veces
esos enfrentamientos
terminaban a los golpes.
Es cierto que los pequeños
provocan a los mayores
y gozan ofendiendo,
mas no creo que por eso
nuestro vínculo se afectó

El cambio no advertiste;
eso sucedió después,
cuando dejamos de vernos.
Tal vez ese sentimiento
fue por rivalidad
o acto de rebeldía
a tu forma protectora.
Descargando inquietudes
puedo salvar lo perdido,
de una vez y para siempre.

Espero poder borrar
el sentimiento de culpa
que regresa cada vez;
el tiempo nos lo dirá.
Vendré a verte más seguido
y te pondré unas flores.
Triste es haberte perdido;
me faltas todo el tiempo
pues te fuiste muy temprano,
y eso aumenta mi pena.

Poemas de Amor, humor y muerte

La puerta del zaguán
Por las características
de su construcción,
en la entrada de mi casa
había un ancho zaguán;
lo separaba una puerta
de la parte habitada.
La puerta era enorme,
con un vidrio que agregaba
un aspecto imponente.
Mi mamá colgó de ella
transparente cortina
que aumentaba su belleza.
La puerta estaba cerrada
para evitar imprevistos,
pero una mañana ocurrió
lo que todos temían;
alguien la dejó abierta,
de pronto una fuerte ráfaga
la arrojó a su destino.
El fuerte golpe y el ruido
de vidrios rotos oí,
corrí, vi la desnudez;
sin el vidrio era extraña.
Lloré como si hubiera
perdido a un amigo.
Esa tarde llegó un señor
que vino a repararla,
y en lugar de devolverle
ese vidrio imponente,
instaló cinco pequeños.
Cambió su noble apariencia

Walter Luis Katz

y a pesar de mi edad,
pude apreciar diferencias
entre práctico y bello.
Hoy esa puerta no existe
y, aunque en la casa viven
otras personas felices,
falta el natural encanto
que conocí una vez.

La otra mujer

Salió del ascensor
y llegando a la avenida
miró hacia arriba y lo vio;
apoyado en el balcón
daba adioses con la mano.
¡Qué contento es estar
con ese hombre casada!
Miró hacia la corriente,
a la calle y a los coches,
filas interminables.
De pronto llegó el impacto;
muchas manos la tocaban,
inexpertos la llevaban,
hasta que escuchó su voz
- no la toquen, sólo yo
la acompaño en la ambulancia.
Ella se sintió segura
protegida por su hombre.
Todo se volvió oscuro
en balanceante mareo
hasta que perdió el sentido.

Poemas de Amor, humor y muerte

La sirena anunciaba
y la fila de curiosos
asomaba las cabezas
para mirar la carrera.
Al llegar al hospital
dos robustos enfermeros
al quirófano llevaron
camilla y accidentada,
y un médico cambiaba
palabras con el esposo.
- Trataremos de salvarla
a ella y al niño,
lo tendremos informado.
La angustia duró tres horas.
El médico dijo con pena
- está fuera de peligro
pero ha perdido a su hijo.
Él aguardó en el cuarto
que le habían destinado.
- Inés, mi amor, serenate;
todo irá muy bien.
Ella miró extrañada
su voz no identificó
ni reconoció su cara.
- No se preocupe; tal vez
es causa de la anestesia,
quizás un poco de fiebre
influye en sus sentidos.
Una hora después llegó
a visitarla un extraño
quien le prometió que pronto
de allí la iba a sacar.

- ¿Por qué no vienen a verme
del prostíbulo las chicas?

- Ellas esán trabajando
y vendrán una por vez.

Tienes que estar tranquila,
tuviste una operación;
ya no tendrás el temor
de quedar embarazada.

Unos días después
se sentía bien y dispuesta
a dejar el hospital.

Lo acontecido fue un sueño

- ¡Qué sensaciones tan raras
sentí con la anestesia!

Caminó hacia el taxi
que afuera la esperaba,
le dio al conductor
la dirección del burdel
mientras, pensaba qué hermoso
hubiera sido volver
a ser la otra mujer.

Los repartidores

Los carritos llegaban
siempre a media mañana
recipiente de aluminio
el lechero traía
y llenaba la ollita;
y los pequeños corrían
para recibir en tacitas
leche espumosa y tibia.

Poemas de Amor, humor y muerte

Luego llegaba el viejo
repartidor de pan,
que traía a domicilio
pan blanco, negro y galleta.
Luego llegaba la anciana
con las frutas y verduras
y el diálogo cordial.
Dentro de alguna jaula
tenía una gallina
para el domingo encargada.
Después con paso cansino,
aquel enorme caballo
tiraba de la carreta
que traía soda y hielo,
y algunos matasebos
para encender en la estufa
y también en la parrilla.
A la siesta insistía
nuestro amigo el heladero
tocando con su corneta,
y a veces, como a pedido
pasaba con su carrito
tocando melodías
en su pequeña flauta pan,
el afilador de cuchillos.

En los días serenos
escucho en mis recuerdos
los pregones anunciando
la llegada a mi vereda
de las carretas de ensueños.
